

457, murió, según cuenta la leyenda, asfixiado por una uva, uno de los dulcísimos granos de aquellos racimos dorados que tantas veces loara en sus versos en honor de Dionysos, y cuyo zumo sabroso le encendiera tantas veces en las copiosas libaciones de los banquetes.

Anacreonte vivió —como dice uno de sus biógrafos— «en medio de un paisaje espiritual lleno de sugerencias: una sociedad influida por el Oriente, rica, lujosa y de costumbres tan refinadas que tocan ya en la decadencia». Este ambiente se refleja en sus obras, totalmente desprovistas de un profundo sentido moral o heroico de la existencia. No obstante ello, en el fondo de la poesía anacreónica corre una evidente filosofía suavemente escéptica, pesimista y melancólica, siempre serena, sin acritud ni violencia. El vino y el placer cantados por Anacreonte no lo son como pasión viciosa, sino, al contrario, como el único medio —no olvides que era un pagano para quien no existía la hermosa luz de nuestra fe cristiana— de evadirse del sufrimiento de vivir y envejecer. Igual que cualquier flamenco coplero y coplero de nuestra Andalucía, Anacreonte bebió —quizá sin sed— «para olvidar», y cantó sonriente —¿cuál sería la pena suya?— «por no llorar».

En las poesías de Anacreonte llegadas hasta nosotros resulta difícil separar las auténticas de las imitadas, ya que el gran lírico influyó enormemente sobre sus contemporáneos y sucesores. Sus odas suelen ser brevísimas —la mayor parte no llegan a los treinta versos— y su estilo es sencillo, fresco y terso, sin el menor empaque ni grandilocuencia. La delicadeza y la gracia aunadas son los factores esenciales de su poesía, sin que ninguno de sus imitadores supiera hacerlo como él, por lo que equivocaron el sentido de la oda anacreónica, en la que la pi-

cardia se diluye en la limpidez y claridad de la expresión.

La primera traducción castellana de sus obras la hizo en 1618 don Esteban Manuel de Villegas, a quien se ha llamado «el padre de la anacreónica en España». Más tarde —en 1744—, don Francisco Gómez de Quevedo publicó su *Anacreón castellano*, y dos años después don José Antonio Conde publicó una nueva traducción. En 1795, José y Bernabé Canga-Argüelles dieron a la estampa otra versión. Todas ellas influyeron extraordinariamente en los poetas españoles del siglo XVIII. Jovellanos, Cadalso, Moratín (padre) y sobre todo Meléndez Valdés, están llenos de acentos del suavísimo lírico de Teos. En el siglo XIX, don José del Castillo y Ayensa publicó una traducción de sus *Odas*, en la que además incluye los textos griegos. Del siglo XX hay traducciones de Baraibar (1928), Chicharro de León (1935) y Castellanos (1936).

En ese jardín con rosas —que te envidio— habrá de resultar deliciosa una lectura de Anacreonte, sobre todo en la traducción de Villegas.

No menos grata que ella será la de Virgilio, llamado «el cisne de Mantua» —su ciudad natal—, cuyo segundo milenario se celebró esplendorosamente en Italia pocos años antes de la última guerra mundial.

Virgilio —gran épico, un poco frío en la *Enéida*— es uno de los líricos más maravillosos del mundo en su poema *Las Geórgicas*, escrito entre los años 37 y 30 antes de Cristo, según parece, por orden del emperador Augusto, para ensalzar los encantos y bellezas de la vida campesina, olvidada por los romanos entregados a las guerras exteriores, las contiendas civiles, el lujo y las corrompidas costumbres de la gran urbe imperial.

A nadie mejor que al gran poeta —que, según uno de sus traductores franceses, ha-